

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

HACIA UN MUNDO TRIPOLAR.

Los discretos contactos que en 1955, a raíz de la guerra de Corea, iniciaron en Ginebra, a nivel de embajadores, los Estados Unidos y China Popular, y que se prosiguieron en Varsovia hasta sumar 135 encuentros, se interrumpieron en febrero de 1968. A finales de ese mismo año, Pekín accedió a que se reanudaran, pero en enero de 1969 se negó al encuentro concertado por haber concedido los Estados Unidos asilo político a un diplomático chino. Aunque tales contactos no hayan dado hasta la fecha otro resultado práctico que la liberación de algún norteamericano detenido por las autoridades chinas, en el otoño del pasado año Washington tomó la iniciativa de tantear el terreno con vistas a reanudarlos, porque, en cierto modo, permitían tomarle el pulso a Pekín y, en todo caso, dar la impresión de que el presidente Nixon estaba dispuesto a «no ignorar la existencia de la nación más poblada del mundo», como dijera al principio de su mandato presidencial. Y los embajadores norteamericanos en los países con representaciones diplomáticas chinas empezaron a hacer sondeos. Fue el embajador estadounidense en Varsovia, Walter J. Stoessel, quien logró en diciembre conversar durante unos minutos con el Encargado de negocios chino, Le Yang, con motivo de un encuentro en el Palacio de la Cultura.

El 20 del pasado enero se reanudaron esos extraños contactos entre dos grandes países que, oficialmente, se ignoran y que, por la fuerza incontrovertible de la realidad, no pueden ignorarse. Dado el momento político en que se iniciaba una nueva fase de tan ambiguas relaciones, cabía abrigar la esperanza de que, poco a poco, se llegaría a una relajación de la tensión existente entre los Estados Unidos y China, ello dentro de ciertos límites y sobre bases prácticas. A pesar de que las relaciones entre estos dos países resultaban difíciles, en razón del propósito norteamericano de seguir presente en el continente asiático en esta u otra forma, cuando Pekín sólo se daría por satisfecho

con una retirada total, esa posibilidad existía. Lo dijo la desazón de la U. R. S. S., cuya iniciativa de conversaciones con su vecina parecía ser un fracaso. Y de nuevo se desencadenó la agria polémica ideológico-política entre Moscú y Pekín dominada por el tema de la «colusión norteamericano-china». Era ésta la justa réplica a los furiosos ataques chinos con motivo de la Conferencia de Helsinki, denunciada a voz en cuello como prueba patente de la «colusión» de los Estados Unidos y la U. R. S. S.

Pero estas mutuas acusaciones por parte de los dos grandes del comunismo permiten deducir hechos importantes en el ámbito internacional. El primero es que Washington podía dialogar con los dos países que se enfrentaban entre sí en todos los terrenos. O sea, que tenía libertad de opción y, por tanto, una libertad de acción de la que carecían por igual Moscú y Pekín. Es éste un punto capital en orden a la estrategia global que es, forzosamente, la de una gran potencia. De otra parte, aunque económica e industrialmente China sea menor que los Estados Unidos y la U. R. S. S., debido a su población y a lo que puede llamarse su potencia nuclear, será a corto plazo—caso de que no lo fuera ya—el tercer Supergrande, es decir, uno de los vértices del triángulo político que dominará la política de esta década. Ello supone el término de una bipolaridad existente en el mundo desde el final de la segunda guerra mundial y a la que Pekín opone su voluntad de celosa independencia, tal cual quedó definida en el importante editorial del *Diario del Pueblo* del 1 de enero de 1970: «luchar contra el imperialismo y el revisionismo», es decir, contra los Estados Unidos y la U. R. S. S., y «cumplir la misión que la Historia ha encomendado a China», extremo cuya expresión es una política exterior a escala mundial.

No obstante esa postura de Pekín, combativa por partida doble, y el corolario de sus ambiciones de proyección a todo el ámbito terrestre, el hecho de la política triangular quedaba en pie y, al reanudar los contactos con los Estados Unidos, se reforzó la posición de China en sus negociaciones con la U. R. S. S., aparte de que la menor tensión norteamericano-china podía actuar como freno para impedir un excesivo acercamiento entre Washington y Moscú, que ya habían iniciado las conversaciones del SALT. Ese acercamiento, China ha mostrado temerlo, lo cual podía llevarla a algunas concesiones para estorbarlo. Por fin, Taiwan constituye una gran preocupación para Pekín, entre otros motivos por ocupar en el Consejo de Seguridad el puesto de China. Pero Pekín está impuesta de que los Estados Unidos son factor decisivo en ese problema, sólo soluble contando con su venia. Por

consiguiente, eran varios los motivos de interés de China para tener con los Estados Unidos unos contactos que se compaginaban con la política exterior de prudente apertura iniciada al remansarse la Revolución Cultural. Es decir, que la alambicada relación norteamericana-china se restableció en un contexto político no del todo desfavorable, a pesar de ese elemento de tensión que para China representa la política de Washington en Asia, aun corregida y enmendada por el presidente Nixon en el discurso de Guam, en el que dio pruebas de flexibilidad táctica.

Pero esa flexibilidad no ha resistido el embate de una agravación del conflicto vietnamita, que, a estas alturas, es ya la segunda guerra de Indochina. Y, por vía de consecuencia, las relaciones triangulares han sufrido una alteración de poco previsible desarrollos. Si bien el factor chino contribuyó a una evolución favorable de las relaciones soviético-norteamericanas, puede estimarse que el factor indochino provocará un alto en el iniciado camino. En cuanto a China, la intervención norteamericana en Camboya la sacó de sus casillas y nadie puede afirmar que permanecerá de brazos cruzados ante esa extensión de la guerra que implica una confirmación de la presencia de los Estados Unidos en Asia, singularmente de prender el incendio en el Laos fronterizo. De otra parte, aunque siga siendo difícil un acercamiento de los dos grandes del comunismo, en razón de sus discrepancias de fondo, la coincidencia al lado de los diversos Frentes de Liberación del Sureste asiático no permite excluir un acortamiento de las distancias por motivos tácticos y circunstanciales. Ello reduciría notablemente la libertad de opción y acción de que anteriormente dispusieran los Estados Unidos, que ya se encuentran ante una modificación notable del planteamiento de las relaciones triangulares.

De ahí que la próxima sesión de contactos y bisbiseos entre norteamericanos y chinos, prevista para el 20 de mayo, posiblemente no se celebre: su telón de fondo ha sufrido un cambio demasiado radical. Y así ha sido.

CHINA LANZA UN SATÉLITE AL ESPACIO.

Apenas concluidos los actos conmemorativos del Centenario del nacimiento de Lenin, ampliamente destacado por la U. R. S. S., China Popular ha lanzado el 24 de abril su primer satélite artificial, cuyo peso de 176 kilos es el doble del primer sputnik soviético, que empezó a girar en torno a la tierra en noviembre de 1957. El satélite chino invierte 114 minutos en recorrer su

órbita, como el sputnik. Lo hace en forma inusitada y, preciso es admitirlo, original, y muy propia para impresionar las masas: emitiendo incansablemente los primeros compases del himno de la Revolución Cultural que ensalza a Mao Tse-tung: «El Este es rojo». El Este es incuestionablemente rojo en lo que atañe a China y, además, tiene un alto nivel científico y técnico, del que es exponente la posibilidad de fabricar a la chita callando un satélite de respetable peso y lanzarlo con éxito en el primer intento. Porque cabe afirmar que no se hicieron pruebas previas significativas. De haberlas hecho, las hubieran detectado los satélites norteamericanos que, desde Vandenberg, son enviados semanalmente al espacio con la misión de rastrear fotográficamente a China, como también lo hacen los Cosmos soviéticos.

China es el segundo país de Asia en poner un satélite en órbita. La ha precedido Japón, que hace un par de meses, y después de registrar tres intentos fallidos, puso en órbita uno de 23 kilos, lo cual indica que la potencia propulsora del cohete japonés es unas ocho veces inferior a la del cohete chino. Ello dice el error fundamental cometido por los técnicos norteamericanos y soviéticos al tomar a Japón como módulo de los progresos chinos en el ámbito espacial. Aun a sabiendas de que China ya tiene armas operativas, esa base errónea de cálculo indujo a estimar que hasta 1975 no podría enviar un satélite al espacio extraterrestre. Además, se agregaba, ¿puede ser potencia espacial un país cuya renta *per capita* es inferior a 100 dólares? Y como quiera que la propaganda soviética cargaba el acento sobre los tremendos problemas económicos de la República Popular y aseguraba que los sabios eran enviados a trabajar al campo, parecía seguro que China no pasaría de la fase atómica y termonuclear antes de que transcurriera bastante tiempo. Pero los cálculos, aun realizados por ordenadores, la propaganda y la prospectiva tienen que batirse en retirada ante los hechos, unos hechos cuya importancia se deriva de sus implicaciones militares.

La importancia que precisamente en el orden militar tenía el que China Popular pudiera ser la sexta potencia espacial—después de la U. R. S. S., los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Japón—no se le había pasado por alto al Departamento de Estado norteamericano. Por boca de su secretario apuntó tal eventualidad en el pasado febrero. Ciertamente es que los temores expresados por William Rogers formaban parte de su argumentación para obtener del Congreso créditos destinados al sistema de defensa antimisil «Safeguard». Por consiguiente, ello resta un tanto valor de previsión a unas palabras que ahora se ven confirmadas por la presencia en el espacio de un satélite cuyo

peso y elipse—430 kilómetros de perigeo—pregonan que China tiene cohetes capaces de lanzar proyectiles de alcance medio o intercontinentales y tomar a Moscú o a Nueva York por blanco del tiro. Semejante posibilidad invita a las más serias reflexiones. Pese al silencio oficial, no habrán podido por menos que intercambiarlas las delegaciones norteamericana y soviética de las conversaciones del SALT en Viena. Es bien sabido que esas conversaciones apuntan a un acuerdo bipartito de limitación de las armas estratégicas. Pero la entrada por sorpresa de China en el Club espacial modifica los términos del problema, tal como se planteaba entre las dos Superpotencias.

En efecto, aparte de la confirmación de una capacidad científica y técnica que lleva a preguntarse hasta dónde ha llegado China en materia de armamento, aparte de los efectos propagandísticos y políticos derivados del espectacular lanzamiento del satélite, hay sobre todo sus aplicaciones militares. Dado que China puede lanzar un satélite al espacio, ello con notable precisión, podría armarlo con una carga termonuclear. Convertido en un satélite-bombardero y colocado en una órbita que dejara la tierra en el centro, o sea, en una órbita polar, pasaría sucesivamente por encima de todos los países grandes y pequeños, controlando al mundo. Obedeciendo órdenes procedentes de la tierra, la carga termonuclear sería susceptible de desprenderse, lo cual constituye una amenaza contra la que no hay parada posible, dada la velocidad de caída, semejante a la de los *Apolo* cuando retornan a la Tierra. El máximo riesgo que entrañaría tan diabólico artefacto, que cabe incluir en la lista de esas «armas del Juicio Final» que los Estados Unidos tienen en cartera a todo evento, es que la carga se desprendiera debido a un fallo técnico. Las desventuras del *Apolo XIII* no permiten descartar tal eventualidad como imposible. Entonces, al azar, resultaría arrasado cualquier país, sin excluir el que lanzó la carga al espacio.

Es de suponer que esta última consideración tendrá peso suficiente como para que dirigentes y sabios chinos se abstengan de convertir en realidad una posibilidad que, ojalá, fuera de ciencia-ficción. Es ciencia a secas. Y lo que es peor, copia de la ciencia occidental. Porque la mayor parte de los sabios, técnicos e ingenieros que a zancadas han recorrido el camino iniciado en octubre de 1964 con la explosión de la primera bomba atómica, estudiaron y desarrollaron sus conocimientos en Europa y, sobre todo, en los Estados Unidos. Tal es en particular el caso de Tsien Hseu Shen, muy citado con motivo del éxito espacial al que tanto ha contribuido. Antiguo profesor del Instituto de Tecnología de California y encargado de las investigaciones sobre cohetes,

fue destituido por sospechas de los servicios secretos. Entonces ofreció sus relevantes servicios a Mao Tse-tung. Miembro de la Academia de Ciencias de Pekín, dirige desde 1959 los estudios y la fabricación de misiles. Al parecer, cuando se disponía a abandonar los Estados Unidos, sin que se le pusieran trabas, envió a Hong-Kong 800 kilos de documentos relativos a los cohetes, lo que motivó su detención. Fue liberado al comprobarse que no se trataba de documentos secretos. Con todo, es indudable que han constituido una base positiva para ulteriores trabajos, aunque su peso haya tenido que incrementarse notablemente hasta conseguir que un satélite chino cante la gloria de Mao Tse-tung en «el silencio de los espacios infinitos».

LA REUNIÓN DEL CONSEJO DEL ATLÁNTICO NORTE.

Invita a algunas puntualizaciones y comentarios la reunión del Consejo del Atlántico Norte celebrada en Roma a finales del pasado mayo. Consejo del Atlántico Norte y no de la O. T. A. N., como han dicho los medios informativos. En efecto, en la cúspide de la Alianza figura un Consejo en el que están representados a nivel ministerial los países signatarios del Tratado de 1949, que se reúnen dos veces al año. En la teoría de los textos, era misión de este órgano supremo de dirección política de la Alianza señalar a la organización militar subsidiaria, o sea, a la O. T. A. N., las directrices propias para establecer los planes estratégicos, que lógicamente son de la incumbencia de los militares. En la práctica se han cambiado un poco los papeles. Los mandos de la O. T. A. N. someten las medidas que estiman oportunas al Consejo, que casi se limita a dar el visto bueno o a enmendarlas, renunciando a tomar iniciativas. La estrategia lleva la batuta que debiera llevar la política. Es un hecho inquietante en una época de crisis como la que vivimos. Semejante situación no es la resultante del propósito deliberado de los mandos de la O. T. A. N. de sustituirse a los políticos. Es una consecuencia del deseo de los países europeos de la Alianza de comprometer en la defensa de Europa a unos Estados Unidos no tan comprometidos a hacerlo por los textos como se cree generalmente. Esa malicia política se imponía en los primeros años de la década del 50 a una Europa todavía maltrecha por la segunda guerra mundial y a la que la U. R. S. S. enseñaba los dientes.

Planteado el funcionamiento de la Alianza, desde su origen, en términos de predominio de lo militar y estratégico sobre lo político, no hubo posterior

posibilidad de enmienda, pese a las protestas de Francia. La supremacía de los mandos norteamericanos en la O. T. A. N. y de ésta en la Alianza tenía más fuerza que la base jurídica del Tratado y, por supuesto, que las reclamaciones de un signatario. La decisión tomada por el general De Gaulle en marzo de 1966 de que Francia abandonara la organización militar, es decir, la O. T. A. N., aun permaneciendo fiel a la Alianza, o sea, miembro del Consejo del Atlántico Norte, produjo asombro, revuelo y perturbaciones de orden estratégico y logístico, pero no modificó la situación interna. Sin embargo, la medida adoptada era un toque de atención dictado por una atinada visión de un estado de cosas que podía llegar a ser comprometedor y susceptible de implicar en un conflicto a países que no tenían ni arte ni parte en él. Y declaró el general De Gaulle: «Si Francia tiene que hacer la guerra, ha de ser su guerra». En otros términos, aquella en que están directamente en juego sus intereses nacionales, no los ajenos.

Es cierto que los términos del Tratado del Atlántico Norte parecen brindar la seguridad de que sus signatarios sólo habrían de hacer frente a un conflicto que se produjera en circunstancias y áreas muy concretas. El tratado es exclusivamente defensivo. De otra parte, sólo considera la eventualidad de «un ataque armado contra una o varias (de las partes) en Europa o América». Además, sólo se aplica a una área definida: en Europa, en América del Norte... y en la región del Atlántico Norte, al Norte del Trópico de Cáncer». Con todo, la crisis de 1962 entre los Estados Unidos y la U. R. S. S., de haber fallado la maniobra disuasiva norteamericana, hubiera implicado a Europa en las hostilidades nucleares que se hubiesen desencadenado, aunque Cuba, país soberano no signatario del Tratado, esté situado al Sur del Trópico de Cáncer, y aunque la crisis sólo fuera consecuencia del interés vital que Cuba representa para los Estados Unidos, superpotencia cuyos intereses y cuya política están a una escala mundial, que no es la de ninguno de los países de la Alianza.

Uno de los temas abordados en Roma ilustran el acierto de las cautelas gaullistas con relación a la O. T. A. N., organismo militar de supremacía norteamericana que, de puro proyectarse sobre la compleja construcción de la Alianza relega en la semi penumbra su órgano de dirección política colegiada. Ello explica el error informativo de apelación de la reunión primaveral en la que los ministros examinaron «atentamente la evolución de la situación en el Mediterráneo».

Si bien no mencionado expresamente en el Tratado de 1949, el Medite-

rráneo entró a formar parte del área de competencia de la Alianza al ampliarse ésta a Grecia y Turquía en 1952. Por tanto, un ataque a uno o ambos países convertiría en efectivas las previsiones del artículo 5, que autoriza «la acción que se juzgue necesaria, incluso el empleo de la fuerza armada» por las demás partes. Ahora bien, la presencia de la flota soviética en el Mediterráneo, ¿suscita la sospecha de que se apresta a atacar a Turquía o a Grecia? ¿Se impone como fase previa de un ataque en regla contra Europa? En tal caso, las conversaciones de Viena huelgan y la venia de William Rogers en Roma para un acercamiento al Este, una traición a la Europa occidental. La realidad es que la presencia soviética en el Mediterráneo estorba toda eventual actividad de la VI Flota en favor de Israel y la defensa de los intereses norteamericanos en el Cercano Oriente. La solícita preocupación de los Estados Unidos por Israel—y los petróleos—es un hecho incuestionable y lógico desde el punto de vista de Washington. No lo es tanto para los países europeos de la Alianza, lo cual no impide el propósito norteamericano de hacer compartir una preocupación que, más que mediterránea, es de afán de consolidar cuanto se pueda la posición de Israel y poner los árabes al paso. Para lograr tales objetivos, más que en arreglos políticos, Washington parece confiar en una libertad de acción pensada en términos de estrategia. Y para recobrar en el Mediterráneo esa libertad de acción, hace hincapié en la Alianza, creando una confusión que desvirtúa las finalidades perseguidas por el Tratado defensivo del Atlántico Norte en áreas muy concretas. En ellas no está comprendido Israel ni tampoco el Cercano Oriente.

Hace años que los países interesados en el conflicto árabe-israelí proclaman la conveniencia de una solución política. Israel no la ha facilitado al negarse a cumplir la resolución del 22 de noviembre de 1967 del Consejo de Seguridad, aceptada por los principales países árabes. Tal negativa ha hallado con altibajos la tácita comprensión de Washington, apenas remiso en su ayuda militar a los israelíes. Las conversaciones de Roma, que han evocado la amenaza que para la Alianza representa la flota soviética, sugieren una justificación de un apoyo incrementado a Israel en el orden bélico. Ello no debe sorprender de tomarse en cuenta el peso específico de la O. T. A. N. en las decisiones norteamericanas. Por lo demás, en reiteradas circunstancias de crisis—en el Sureste asiático y en el Cercano Oriente—, la acción de Washington sugiere que «la política es una continuación de la guerra», en vez de ser «la guerra una continuación de la política por otros medios», como decía Clausewitz. Es sumamente alarmante que la estrategia domine a la política.

LA APERTURA AL ESTE DE LA ALEMANIA FEDERAL.

El 8 de junio, la delegación polaca presidida por el viceministro de Asuntos Exteriores, Josef Viniewicz, ha iniciado en Bonn, con la delegación germana, la cuarta serie de conversaciones encaminadas a normalizar las relaciones entre Polonia y la República Federal. A pesar de los obstáculos, los dos países no han renunciado a avanzar paso a paso por el camino que el presidente Gomulka señaló, en discurso pronunciado el 17 de mayo de 1969 ante el alcalde de Berlín Oeste, Klaus Schütz, al formular el proyecto de negociaciones polaco-alemanas. En aquella circunstancia, conciliador, el presidente Gomulka dio a entender que la cuestión fronteriza en litigio no era tan importante como la paz en Europa. Sin embargo, cuando el pasado 8 de febrero el delegado germano, Ferdinand Duckwitz, entró en contacto en Varsovia con los negociadores polacos, la cuestión fronteriza saltó a la palestra. Y rápidamente se impuso que era para Polonia el meollo del problema de sus relaciones con la República Federal y que vano era el argumento aducido por los alemanes de que tales fronteras, por formar parte de la República Democrática y, por consiguiente, hallarse fuera de sus límites territoriales, no podían ser consideradas por Bonn. Como quiera que la República Federal no ha admitido oficialmente la existencia de la República Democrática—calificada de «zona de ocupación soviética» o «Alemania Central» hasta fecha reciente—y menos aún que se trata de un Estado soberano, y por siempre separado de aquélla, el argumento no hizo mella en el ánimo de los negociadores polacos.

Ello dice a las claras las dificultades que el gobierno del Canciller Brandt—lo mismo que el gobierno del Canciller Kiesinger—encuentra para resolver sus problemas con el Este a base de acuerdos bilaterales negociados con independencia unos de otros. Frente a Bonn, la U. R. S. S. y sus aliados no se presentan en orden disperso, sino en orden cerrado, como un todo coherente cuyas exigencias, estrechamente trabadas entre sí, han de aceptarse o rechazarse en conjunto. Y la exigencia máxima de Varsovia—y del Este—es el «reconocimiento definitivo de la frontera Oder-Neisse», que ha de figurar forzosamente en el acuerdo que se negocia. Curiosamente, tal extremo no se menciona en el tratado suscrito en julio de 1950 entre Polonia y la República Democrática. El tratado en cuestión se limita a decir que «la frontera establecida y existente constituye la frontera de Estado entre Polonia y Alemania». Al parecer, la fórmula propuesta por el Canciller Brandt es que «las dos partes

declaran que la línea Oder-Neisse es la frontera occidental de Polonia». Por supuesto, no lleva directamente al desván de la Historia la reunificación, lo cual podría tranquilizar a la opinión alemana, que no renuncia a reconstituir la unidad nacional. En cambio, suscita la desconfianza del Este. De ahí que sólo pasando por las horcas caudinas de las exigencias polacas, Bonn logrará un acuerdo con Varsovia que, posiblemente, se limite de momento a ampliar las relaciones comerciales y a establecer consulados. Pero tales exigencias eliminan del horizonte político germano el ideal de la reunificación y, por vía de consecuencia, le imponen «las realidades que se derivan de la derrota nazi», como dijo Gromyko, o sea: la nulidad de los acuerdos de Munich, la existencia de la República Democrática en cuanto Estado soberano, el estatuto especial de Berlín y la intangibilidad de las fronteras creadas por la guerra. El supuesto proyecto de tratado de no agresión germano-soviético, dado a conocer por el diario *Bild-Zeitung*, confirma que el objetivo tenazmente perseguido por la U. R. S. S. y sus aliados es mantener el *status quo* en Europa, ello cualquiera que sea el país que negocie con la República Federal.

Por consiguiente, «el reconocimiento definitivo de la frontera Oder-Neisse» y sus consecuencias supone un giro de 180 grados con relación a la política de Adenauer, aunque sólo de 90 con relación a la del Canciller Kiesinger, que representó una etapa de transición. Pero en último término, las posturas de ambos estadistas reflejan una toma de conciencia de la fortaleza interior de un Estado que, a salvo de los tirones extremistas que hicieron zozobrar la República de Weimar, puede adecuar su estatura diplomática, al hecho de que la República Federal es la primera potencia económica de Occidente después de los Estados Unidos, es decir, no limitarse a ser «el gigante económico y enano político» de los años 60.

Todo sugiere que Bonn no persigue exactamente el liderazgo político de Europa, que persiguiera Francia en tiempos del general De Gaulle, sino el papel de principal comerciante de la Comunidad europea. La coyuntura internacional es favorable para la aplicación de tal programa, eminentemente práctico. Sin dejar de velar por la salvaguardia de la Europa occidental en lo político, los Estados Unidos dejan la puerta abierta a transacciones, planes de desarrollo, intercambios comerciales y otras formas de actividad económica con el Este. La Francia del presidente Pompidou, alicortada para emprender grandes vuelos en el ámbito internacional, no está en condiciones de alinearse económicamente con la República Federal, no más que Italia o Gran Bretaña. Son tantos a favor de la República Federal, siempre que tenga

libertad de acción más allá del Telón de Acero, una libertad que sólo conseguirá a costa de aceptar las condiciones impuestas por el Este. El acuerdo que se negocia actualmente con Polonia equivale a esa aceptación hecha de realismo y pragmatismo, si bien deja en la cuneta todo proyecto de rehacer la rota unidad nacional.

A pesar de su arrojo y decisión, el Canciller Brandt no ha podido dar ese paso en vísperas de las elecciones regionales de Westfalia-Renania del Norte, Baja Sajonia y el Sarre, a las que se ha concedido categoría de plebiscito nacional de su política exterior. Tampoco Varsovia ha querido forzar los acontecimientos y debilitar la posición del Canciller. Menos aún ha querido romper negociaciones por cuyos resultados está vivamente interesada. De ahí la reciente noticia de que las dos delegaciones habían decidido llegar a un acuerdo, sin especificar a qué tipo de acuerdo. La escueta noticia reflejaba el compás de espera de unas conversaciones supeditadas a la opinión pública expresada por las urnas.

Sin embargo, pese al triunfo de la democracia cristiana en la oposición, al retroceso de los social-demócratas y a la derrota de los liberales, que han pagado a este precio su participación en la coalición gubernamental, el Canciller Brandt apenas si tiene otra opción que seguir adelante contra la voluntad mayoritaria del pueblo alemán, proclamada el 14 de junio. Se ha lanzado impetuosamente a galope tendido hacia el Este. No puede cambiar de caballo y difícilmente puede ponerlo al trote.

FRANCIA Y LA POLÍTICA DE EUROPA ORIENTAL.

Debido acaso a la multiplicidad de los contactos entre la U. R. S. S. y Francia de unos años a esta parte, el viaje que a primeros de junio hizo a París el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Andrei Gromyko, no suscitó expectación. Tampoco logró resultados espectaculares. El anunciado viaje del presidente Pompidou a la U. R. S. S., del 6 al 13 de octubre próximo, y la invitación formulada al ministro de Asuntos Exteriores galo, Maurice Schumann, son de lógica y esperada cortesía entre países amigos. Con todo, la estancia de Andrei Gromyko en París no carece de interés en razón de las modificaciones que se registran en el contexto internacional, desde que el 30 de junio de 1966 la U. R. S. S. y Francia firmaron la declaración destinada al desarrollo de las relaciones mutuas.

Tal declaración coronaba los esfuerzos del gobierno del general De Gaulle por conseguir un nuevo equilibrio mundial, distinto de la bipolaridad, y basado en la independencia de Europa, capitaneada por Francia. De ahí la tendencia gala a alejarse de los Estados Unidos y acercarse a la U. R. S. S. hasta que Francia, y, por ambiciosa vía de consecuencia, Europa, se quedaran a mitad de camino entre las dos Superpotencias. El diálogo con el coloso del Este, Francia lo inició en condiciones óptimas. Junto al carácter descollante de la iniciativa, figuraba la situación de impotencia político-diplomática de la República Federal Alemana, maniatada por los problemas derivados de la II Guerra Mundial. En realidad, aparte de un vasto programa de «relajamiento de la tensión, entendimiento y cooperación» a escala continental, Francia perseguía el objetivo de lograr una reconciliación germanosoviética con sus buenos oficios. Este era el preludio de la reconciliación y unión europea que hubiera conferido a Francia categoría privilegiada en el viejo continente, con exclusión de los Estados Unidos.

Pero desde la puesta en marcha de ese proyecto político, se ha modificado sensiblemente el panorama. La invasión soviética de Checoslovaquia mostró que la «evolución» de la U. R. S. S., que se daba por un hecho objetivo, no pasaba de ser una impresión subjetiva, lo cual no ha impedido que, por sus pasos contados, Washington y Moscú sigan buscando una avenencia y que Moscú trate de superar la división de Europa en bloques antagónicos. De otra parte, sin alterar las orientaciones generales de la política exterior francesa, la llegada al poder del presidente Pompidou ha reducido el alcance de sus objetivos. Desde hace un año, Francia se esfuerza por practicar una política internacional, acorde con sus dimensiones reales. Finalmente, Bonn y Moscú, y, en términos generales, Bonn y el Este, han iniciado un diálogo directo, prescindiendo del intermediario francés, si bien Francia, naturalmente, participa en las conversaciones cuatripartitas sobre Berlín. Y ningún país —incluida la U. R. S. S.—pretende actualmente marginar a los Estados Unidos de una negociación europea. Es lógico, dado que los Estados Unidos siguen siendo el escudo de Europa, hasta un nuevo planteamiento internacional.

En semejante contexto, el viaje a París de Gromyko no podía aportar elementos realmente nuevos a los grandes problemas mundiales o europeos. Ha mostrado, sí, una continuidad en el camino emprendido, que no desentona ya con otras iniciativas y esfuerzos y más bien se suma a ellos. De ahí el tono del comunicado final de las conversaciones franco-soviéticas de París: coincidencia, sin entrar en detalles, en cuestiones cuales el Próximo Orien-

te y el Sureste asiático. En cambio, en lo relativo a la Conferencia Europea de Seguridad, todo queda en principios generales, como era de esperar. El propósito francés de un planteamiento novador del Este y el Oeste tropieza con la voluntad soviética de «mejoramiento, ahondamiento y ampliación de las relaciones», como dijo Gromyko, pero sin que ello presuponga la menor modificación de la situación existente en los países comunistas. No se trata de que la seguridad europea haga florecer «primaveras de Praga» en todo el Este, debido a los amplios intercambios propugnados por Francia. Mas cómo quiera que, en razón de su problema latente con China Popular, la U. R. S. S. manifiesta vivo deseo de neutralizar en las mejores condiciones la virtual amenaza que supone la Europa occidental, la tenaz diplomacia soviética sigue laborando en favor de una próxima conferencia paneuropea.

A pesar de la proclamada «independencia nacional» de Rumanía, el viaje a Francia, iniciado el 15 de junio por el presidente Ceausescu, no deja de representar el clásico «grano que no hace granero, pero ayuda al compañero». A raíz de la visita de Gromyko, y después de celebrar en Moscú conversaciones, cuya índole se desconoce, el presidente corresponde a la visita que en mayo de 1968 hiciera el general De Gaulle a su país. Miembro del Pacto de Varsovia y del COMECON, firmemente anclada en lo interior en los principios marxistas-leninistas, Rumanía expresa su independencia en lo exterior, manteniendo relaciones con Pekín y Tirana, con Israel y la República Federal. Ello no es incompatible con las grandes opciones que interesan a todo el mundo comunista y que suponen una coordinación de los movimientos, pese a la distribución de los papeles. El «enfant terrible» del Este, que suscita las simpatías y hasta la benevolencia occidentales, tal vez se ha visto asignado el papel de convencer a sus interlocutores galos, y por extensión a los demás países europeos, de no aferrarse al criterio de que la Conferencia europea de Seguridad ha de ser el remate de una minuciosa preparación, en lugar de punto de partida básico de un mayor entendimiento y cooperación posterior, como opina la U. R. S. S. y seguramente todos sus aliados. Porque aparte de los intercambios comerciales acordados entre Francia y Rumanía, el presidente Ceausescu ha tenido oportunidad de tratar de esa conferencia en que todos los países, sean del Este o del Oeste, podrán afirmar «su personalidad nacional», sin que por ello deje de lograrse el objetivo perseguido por la U. R. S. S. y sus aliados del Pacto de Varsovia. Pero contrariamente a lo que pretende Francia, no se ha de supeditar la celebración de la conferencia al éxito de las conversaciones sobre Berlín o al de las negociaciones entre

Bonn y el Este, un tanto frenadas por la derrota de los social-demócratas en las elecciones regionales germanas del 14 de junio.

Es decir, que el viaje a Francia del presidente Ceausescu no tiene sesgo de iniciativa al margen del bloque comunista. El «comunismo nacional», formulado precisamente por Ceausescu en mayo de 1966, es ciertamente un hecho nuevo en el marco del comunismo internacional práctico. No lo es en el plano de la doctrina marxista-leninista que resuelve la contradicción, situándola en el plano de la «internacional proletaria», o sea, del interés supremo del conjunto de los países comunistas.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE RUMANÍA.

Desde hace años, firme y diligente, Rumanía no se da punto de reposo para ampliar su margen de maniobra en el ámbito internacional. Y, desde hace años, sus máximos dirigentes visitan países, inician negociaciones, firman acuerdos y se relacionan con diversos Estados, sin hacer dengues ante su régimen político. Semejante decisión y desenfado han suscitado simpatías y buenas disposiciones en el mundo occidental que, un tanto asombrado, hubo de registrar en 1967 el restablecimiento de las relaciones consulares entre Rumanía y España, primero, y, poco después, de las relaciones diplomáticas con la República Federal Alemana, aparte de la amistad con otros países, singularmente Francia e Italia. En realidad, tales hechos estaban programados en el discurso que ante la Asamblea Nacional pronunció en 1957, el entonces presidente del Consejo, Chivu Stoica, en el que, además, cargó el acento en el origen latino de Rumanía y en el «tesoro común de cultura, costumbres y tradiciones» con los pueblos de Europa y América del Sur de similar origen. La muerte de Stalin y el XX Congreso del partido comunista de la U. R. S. S. habían modificado el clima reinante en el bloque soviético y en las relaciones internacionales, en tanto que las declaraciones en favor de la coexistencia pacífica de los países con regímenes políticos distintos impulsaba a que se pusiera en marcha el delicado proceso de la afirmación de la personalidad nacional, cuya negación no está tan clara como parece en la doctrina marxista-leninista.

En lo que a Rumanía respecta, el proceso culminó con la formulación por Ceausescu del concepto del «comunismo nacional» contrapuesto al «comunismo

internacional», ampliamente explotado en provecho de la U. R. S. S.. Ello evidencia que los rumbos de ese sector de la Europa del Este, que parecían definitivamente señalados por la Conferencia de Yalta y más aún por la Conferencia de París de 1947, que decidió la suerte de los aliados del III Reich en la II Guerra Mundial, podían modificarse a tenor de las circunstancias externas por poco que favorecieran su interés nacional. Porque, en realidad, tanto como la presencia de tropas soviéticas en los diversos países del Este, había sido el retorno de Alemania a la vida política internacional, aunque fuera en forma de dos Estados, la que había estrechado la vinculación de estos países a la U. R. S. S. En torno a ella, apretaron filas las llamadas democracias populares del Este, por ser la U. R. S. S., en adelante, la máxima garantía de un *status quo* político y territorial, basado en la existencia de la Alemania Oriental, frente a una República Federal en vías de rearme que no había renunciado a la reunificación. De ahí, independientemente de la presión soviética, la adhesión general al Pacto de Varsovia y el predominio del factor militar en todos los acuerdos suscritos en el Este en los años sucesivos y en los intentos de integración, en tanto que el elemento económico ha venido dominando en la búsqueda de la unidad de la Europa occidental.

Con todo, lo económico resultó ser determinante en las relaciones soviético-rumanas. En efecto, en la reunión del COMECON de 1963 se confirmó la resistencia de Rumanía, ya manifestada el año anterior, a aplicar los planes de desarrollo trazados por la U. R. S. S. Y, a partir de entonces, se inició el difícil camino de una cierta independencia que permitió—y permite— a Rumanía estar con un pie en el mundo comunista y otro en el mundo occidental, al extremo de firmar acuerdos muy amplios con la República Federal. La iniciativa sembró la alarma en Moscú, por estimarla una maniobra germana destinada a debilitar el flanco Sur del Pacto de Varsovia, merced a acuerdos similares con Hungría y Bulgaria. Por ello puede decirse que la ocupación de Checoslovaquia tiene su antecedente formal en una política de independencia de Rumanía, que, no obstante, no ha dejado de mantenerse fiel a las grandes opciones de la solidaridad de los países del Este, pues esta solidaridad garantiza su existencia en cuanto nación comunista. Así, unos meses antes de los sucesos de Checoslovaquia, contestando a una nota franco-anglo-norteamericana, según la cual la Alemania del Este era territorio ocupado por las tropas soviéticas, carente de soberanía, Bucarest afirmó que el reconocimiento de dos Estados alemanes era una de las condiciones necesarias para la seguridad y la paz en Europa.

La cuestión de la Alemania del Este es uno de los puntos que señala los límites de la apertura al Oeste de Rumanía. Explica por qué este país, aun rechazando el proyecto de un Ejército comunista supranacional, o sea, integrado, sigue adherido al Pacto de Varsovia, garante del *status quo* en el Este. Es singularmente un *status quo* político, es decir, comunista, que Rumanía hace compatible con su nacionalismo. Por ello, la postura no se contradice con la propuesta rumana del 5 de marzo en la Conferencia del Desarme, de prohibir «las maniobras militares sobre el territorio y las fronteras de terceros Estados» y la petición de un «documento jurídico» que impida «el uso o la amenaza de la fuerza en los asuntos internos de otros Estados». La petición apunta a invalidar la llamada Doctrina Breznev de la «soberanía limitada», dejada a juicio de Moscú, pero no pone en tela de juicio el principio de la solidaridad comunista. No cabe, por tanto, imaginar que la Rumanía de la década del 70 se asemeja a la Yugoslavia, condenada por el Kominform en 1948, y debido a las iras de Moscú, convertida en interlocutor digno de las atenciones del mundo occidental. Sólo cabe señalar que Rumanía pone al descubierto la crisis interna que padece el comunismo en la actualidad, crisis que, por lo demás, está en su tradición. La disputa y los criterios dispares se han dado con frecuencia en el marxismo, como en toda ideología. Tal pregonan las luchas entre Lenin y Plejanov, de los bolcheviques contra los mencheviques, de Stalin con Trostky y de los soviéticos con los chinos. Pero son peleas de familia que no impiden la unidad básica frente a terceros, aparte de que los dirigentes del Este no olvidan la deuda político-ideológica contraída con la U. R. S. S., sin cuya ayuda no hubieran instaurado el régimen comunista.

Por consiguiente, en el viaje a Moscú del ministro de Asuntos Exteriores rumano, señor Manescu, a fin de renovar el tratado soviético-rumano de 1948 —que pronto sería firmado—, se confirmó la agilidad mental, la audacia, y puede decirse que la gracia de los dirigentes de Rumanía para resolver la cuadratura del círculo de pertenecer al ámbito comunista para cuanto conviene a su país y, a un tiempo, actuar con frecuencia como si nada tuvieran que ver con él.

LA COMPLEJA REALIDAD DEL LÍBANO.

Tanto en virtud de una prudencia política originada por la necesidad de mantener un delicado equilibrio interno como en razón de lo breve de la última etapa oficialmente bélica del largo pleito árabe-israelí, el Líbano no

participó en la Guerra de los Seis Días. En cambio, se ve implicado en la lucha durante un alto el fuego en el que no hay paz. Son bien conocidos los motivos que llevaron recientemente a Israel a ejercer duras represalias contra el Líbano. Se trataba de poner término a una acción guerrillera que toma como base de sus operaciones contra Israel la frontera sur libanesa. Semejante acción bélica ha sido calificada de invasión. El término es exacto en cuanto que invadir es entrar por fuerza. Es inexacto en la medida en que invasión supone ocupación. Porque Israel no ocupa parte alguna del territorio libanés, contrariamente a lo que sucede con Jordania, Siria y la R. A. U. Sería ingenuo suponer que ello se debe a la acción del Consejo de Seguridad, que aprobó unánimemente la resolución presentada por el delegado de España, señor Piniés, conminando a Israel a retirarse. Podría hablarse de pura casualidad en la coincidencia de decisiones entre un país estimado agresor y ese supremo órgano de las Naciones Unidas, sumamente acostumbrado a que sus resoluciones no sean cumplidas, singularmente la del 22 de noviembre de 1967. Pero la pura casualidad es rara vez factor que se da en el ámbito político. En este caso hubo sencillamente coincidencia de causas racionales. Para la O. N. U., compleja máquina creada con vistas a mantener la paz en el mundo, la retirada de Israel era una cuestión de principios. Para Israel, la retirada ha sido una cuestión política aconsejada por las peculiares circunstancias internas del Líbano, por su situación en el conjunto árabe y por su posición en el tablero internacional.

Que el Líbano es un país árabe, lo proclama su pertenencia a la Liga Árabe. Que es un país árabe, con características propias, lo dice el hecho de una población en parte cristiana y en parte musulmana. Semejante particularidad se refleja en su Constitución, tendente a lograr un equilibrio entre estos dos aspectos de un mismo país. En circunstancias normales, tal equilibrio hubiera podido lograrse, aunque con dificultades. Proclamada la independencia del Líbano en 1946, a los problemas internos de este país vinieron a sumarse los que se derivaban del conflicto iniciado en 1948 entre árabes e israelíes. Agobian singularmente a esa pequeña y laboriosa República desde que en 1967 ha surgido en el Cercano Oriente el factor de la resistencia palestina.

En efecto, aparte de su actividad bélica, la guerrilla despliega una actividad política que ha causado impacto en las poblaciones árabes, llevándolas a tomar mayor conciencia de su arabismo, ello independientemente de sus creencias religiosas. El esquema de un Líbano cristiano y occidental-

zado, coexistiendo con un Líbano musulmán y pro-árabe, está rebasado, si es que algún día correspondió a la compleja realidad libanesa. Hay cristianos entusiastas de la resistencia palestina y musulmanes reticentes. Si cabe trazar una línea divisoria entre esas dos tendencias, serpentea a través de estratos sociales y generaciones, siendo los sectores populares y la mayoría de la juventud partidarios de los palestinos en una lucha contra Israel por todos los medios, incluso haciendo caso omiso de la soberanía de los países árabes que les prestan un suelo del que carecen. Los choques armados del pasado octubre entre el Ejército libanés y los guerrilleros, apoyados por parte de la población civil, dicen a las claras que la postura gubernamental de defensa de la soberanía y neutralidad del Líbano tropezaba con una oposición que llevó al país a orillas de la guerra civil. Los acuerdos de El Cairo entre el gobierno de Beirut y las organizaciones guerrilleras consagraron, en definitiva, el triunfo de la oposición gubernamental, si bien lograron apaciguar la explosiva situación.

El nuevo rumbo de la política libanesa ha implicado un acercamiento al mundo árabe en guerra y, por vía de consecuencia, a su vecina Siria. Paradójicamente, esa especie de renuncia a la defensa de la soberanía atropellada por las organizaciones de resistencia palestina ha reforzado la soberanía del Líbano frente a una Siria que no ha renunciado a la unión con el Líbano para formar un solo Estado unitario o federado: la Gran Siria. La cuestión de la unión o reunificación de los dos países—según se mire—, que no deja de tener partidarios libaneses, no ha cesado de gravitar sobre las relaciones entre estas dos Repúblicas árabes. Incluso ha provocado un golpe de Estado en el Líbano, en 1949. Aunque actualmente el problema esté relegado a un segundo término en este país, Siria sigue atentamente cuanto en él sucede. Así, en la tensa situación de octubre de 1969, unidades sirias penetraron en el Líbano para apoyar a los guerrilleros y mantener al país en el campo árabe, se dijo. O sea, que bien al socaire de luchas internas libanesas, bien al de una ocupación israelí del territorio, Siria podría llevar a cabo la reunificación, un poco como Transjordania se convirtió en Jordania, ocupando la orilla palestina del Jordán durante el conflicto de 1948. Y una Gran Siria baasista, aún mermada por los territorios detentados por los israelíes, no hubiera sido un factor a favor de Israel, ni en la situación presente, por no convenirle militarmente ampliar las zonas a controlar, ni con vistas al confuso futuro. De ahí la decisión de dar el golpe y volver a casa tomada por Tel-Aviv, independientemente de la resolución del Consejo de Seguridad.

Finalmente, hay que tomar en cuenta la proyección internacional del Líbano. Aparte de su situación geográfica y de su puerto intercontinental de Beirut, su tradicional y nutrida emigración, sobre todo dirigida hacia Hispanoamérica y Estados Unidos, goza, en parte, de una situación privilegiada en el ámbito del comercio y las finanzas. De suerte que los límites políticos y económicos del Líbano rebasan ampliamente sus fronteras, un poco como sucede con Israel. Ello explica que los Estados Unidos hayan garantizado la integridad territorial de ese Wall Street árabe, como se ha dicho que es el Líbano, y que otro tanto hiciera Francia, muy ligada a esa cabeza de puente comercial en el Cercano Oriente. Prescindiendo de una acción militar de estos países en caso de ocupación del Líbano, es incuestionable que negarse a una retirada hubiera acarreado a Israel problemas susceptibles de anular con creces la ventaja de un cese total de los ataques guerrilleros. Además, tal situación hubiera podido dar paso a una ayuda militar siria al resto del país y, seguidamente, a una unión más o menos acordada de los dos Estados. Con ello hubiera desaparecido de esas atormentadas áreas un país a salvo de la influencia soviética, extremo éste de suma importancia para Occidente.

Sin regatearle méritos a los esfuerzos del Consejo de Seguridad en favor de la paz, resulta claro que la resolución relativa a la evacuación por Israel de los territorios invadidos en el Líbano ha prosperado, por no estorbar los intereses de unos ni ir en contra de los principios doctrinales de la U. R. S. S., que sólo podía votar la retirada. Que no resuelve en absoluto el problema de la tensión en la frontera libano-israelí, lo evidencia el atentado feddayin del viernes pasado y la inmediata y dura represalia de Israel. En el Cercano Oriente, la guerra del alto el fuego suma y sigue.

LA INDEPENDENCIA DE BAHREIN.

Contadas semanas después de que Katar se otorgara una Constitución que permite a ese diminuto y rico territorio soltarse de la mano de Gran Bretaña, la solicitud de independencia formulada por Bahrein es una evidencia más de que la Federación de Estados del Golfo Pérsico está saltando hecha añicos antes de haber sufrido la prueba de la retirada británica prevista para 1971. Sin embargo, la razón de ser de esa Federación era mantener, en una región de gran valor estratégico y económico, la cohesión lograda por Gran Bretaña entre micro países, cuyos estatutos internacionales están a mitad de camino entre la soberanía y el protectorado.

Como los demás emiratos o principados de la orilla árabe del golfo, Bahrein entró en el siglo XIX en la órbita de una Gran Bretaña, preocupada en primer término de asegurar sus comunicaciones con la India, toda vez que la debilidad de Turquía y de Persia en aquella época les obligaba a soportar que el Pérsico fuera una guarida de piratas. Junto con la pesca de perlas, sus actividades eran un aspecto de la economía pobre o mísera de esas áreas, hasta que en el siglo XX se descubrió allí petróleo. En 1820, Gran Bretaña suscribió con el chej de Bahrein un primer tratado, que podría llamarse de aproximación. En 1892, empezó a redondear la vinculación mediante un acuerdo que dejó a cargo del gobierno británico las relaciones exteriores y las cesiones territoriales del archipiélago. En 1914, Bahrein suscribió el compromiso de no conceder ningún permiso de investigación petrolífera o de pesca de perlas sin la venia de Londres. Seguidamente, un *political officer* y una asesoría del gobierno fueron el aparato ortopédico con que Bahrein caminó durante años, si bien después de los disturbios de 1956 la asesoría fue sustituida por una secretaría cerca del chej, de más recortados poderes que el anterior organismo.

Bahrein está constituido por un grupo de islas, de las cuales la mayor da nombre a ese archipiélago, situado a proximidad de Arabia Saudita. Su superficie no rebasa los 1.000 kilómetros cuadrados y su población no alcanza los 200.000 habitantes. Son árabes y musulmanes en su gran mayoría, y hasta hace pocos años, divididos, cuando no enfrentados, por comprender representantes de las dos grandes ramas del Islam: sunitas y chiitas. A esta comunidad mayoritaria, hay que agregar minorías mediorientales y asiáticas, y, naturalmente, británicos. Es decir la división existente en esa población, si bien dos factores han contribuido a crear la unidad de los árabes. De una parte, el conflicto árabe-israelí de 1948, que los unió a sus hermanos de raza y fomentó el despertar de un nacionalismo activo, no exento en ocasiones de xenofobia. De otra, el codo con codo del trabajo en la industria petrolífera, que ha puesto término a las rivalidades religiosas para dar paso a la unidad laboral. Ambos factores gravitan sobre la vida política y administrativa de Bahrein, provocando una evolución contrapuesta a la tendencia inmovilista del chej y de los sectores dirigentes, fenómeno similar al que se registra en otros países de la teórica Federación. Mantenidos a flote por Gran Bretaña desde siglo y medio, los príncipes y sus gobiernos no parecen percatarse de que sus navecillas estatales no están ancladas en la etapa anterior a la

II Guerra Mundial, sino expuestas a verse zarandeadas por el oleaje que provocará la retirada de sus valedores británicos.

Una modificación de las situaciones históricas existentes resulta singularmente posible en Bahrein. El descubrimiento de petróleo en 1932 ha concentrado la mano de obra en el sector de la industria petrolífera, en particular en la refinería de Awali, donde se trata el de Bahrein, de Arabia Saudita y de Indonesia, y que es la mayor de la región después de Abadán. La gravedad de las sucesivas agitaciones de esas masas obreras es tanto más de destacar cuanto que han conseguido resultados positivos en un territorio que representa un factor esencial del actual dispositivo británico de defensa del Golfo Pérsico, cuyo interés estratégico, económico y comercial, no es privativo de Gran Bretaña. Hay que consignar a este respecto la base naval de Jor Kaluya, tres aeródromos de la R. A. F. y la importante base militar de Al-Hamalah, una de las mayores de Asia, aparte del gran puerto comercial de Bahrein y un aeropuerto civil. Este complejo estratégico-comercial flanquea, además de intereses políticos y comerciales, un ingente volumen de intereses económicos, principalmente británicos y norteamericanos. Y es precisamente en Bahrein, punto de apoyo fundamental del sistema defensivo, donde las tensiones internas hacen más incierto el porvenir. El problema no es de hoy. La serie de agitaciones populares se inició en 1954. Lograron reformas que implicaron cierta autonomía interna. Seguidamente, Al-Bakar fundó el «Comité de Unión Nacional», que obtuvo un éxito arrollador en las elecciones de 1965. No es ésta la única organización política del archipiélago. En la clandestinidad florecen filiales de los grandes partidos árabes e incluso un extremismo teñido de marxismo. Con matices doctrinales y tácticos, todos apuntan a la creación de un Estado independiente y socialista... y a la nacionalización del petróleo.

Tales antecedentes de politización y disturbios en Bahrein sugieren que el sistema de gobierno en vigor no está en condiciones de resistir por mucho tiempo el empuje de la oposición, una vez ausente Gran Bretaña. Los dirigentes de Bahrein, ¿han pretendido atajar con la petición de independencia la marea del nacionalismo y la protesta, que fácilmente podría derivar hacia el caos? Es posible, aunque aventurado asegurar los buenos resultados de la maniobra si, en efecto, la retirada de Gran Bretaña se lleva a cabo en la fecha prevista, de lo cual cabe dudar actualmente, dada la situación en el Oriente Medio y Asia. Pero de mantenerse firme en su decisión, en cuanto parte del mundo occidental, Gran Bretaña habría de bus-

car una fórmula destinada a colmar el vacío que deje, pues la fórmula federativa es inoperante. Una transferencia de sus responsabilidades en esas áreas a los Estados Unidos, empantanados en el Sureste asiático, es poco probable que prospere. Queda que Gran Bretaña aceptara la indemnización propuesta por algunos emires hace unos años, para mantener en la región efectivos militares. Así, con dinero procedente del petróleo se compraría el orden. ¿Sería tal medida de compromiso una solución? Posiblemente sí, a mediano plazo. Independientes, pero asistidos, tal vez Bahrein y los demás países del Golfo Pérsico no tomarían los rumbos de la República de Yemen del Sur, que surgió como consecuencia inmediata de la retirada de Gran Bretaña. En la situación actual del mundo, múltiples Yemen del Sur en el Golfo Pérsico, serían en extremo peligrosos, dado singularmente que Irán reivindica Bahrein, como Iraq reivindica Koweit.

LAS TRES SUPERPOTENCIAS ANTE LA SITUACIÓN CAMBOYANA.

Inmediatamente después del golpe de Estado de Camboya del pasado 18 de marzo, China Popular puso el grito en el cielo por tan «flagrante intervención norteamericana». Acto seguido, cerró filas en torno al depuesto Norodom Sihanuk. Camino de Pnom Penh, éste se encontraba a la sazón en Pekín, donde tuvo noticia de su derrocamiento. Días antes, había hecho un alto en Moscú. En ambas metrópolis del comunismo, había pedido ayuda para preservar lo que él llamaba «la neutralidad camboyana». De hecho, intentaba detener los acontecimientos en marcha en Pnom Penh, de los que tenía perfecto conocimiento. Tal se desprende de las declaraciones que hiciera antes de abandonar París, donde había permanecido unos meses por motivos de salud. Es decir, que la reacción china en favor de Norodom Sihanuk y la política que representaba tuvo automatismo de reflejo. En cambio, la U. R. S. S. se mostró cauta ante la nueva situación, como comprensiva, pero poco propensa a dar pruebas de eficacia práctica, en las conversaciones celebradas por el príncipe camboyano con los dirigentes soviéticos. No sólo la U. R. S. S. se abstuvo de disparar la traca propagandística contra el imperialismo norteamericano, sino que mantuvo en Pnom Penh a su representante diplomático, cual si nada hubiera sucedido. Ello podía equivaler a un reconocimiento *de facto* del gobierno del general Lon Nol, de no suscitar la decisión, la sospecha de que el Kremlin no quería prescindir de momento de ese medio de observación de los acontecimientos.

tecimientos que es una Embajada bien organizada. Sin duda, la U. R. S. S. mencionó las intrigas norteamericanas y los negros designios que reflejaban, pero más en son de cansino latiguillo que con vista a poner a Norteamérica sobre aviso de que el poder soviético no estaba dispuesto a tolerar la injerencia en los asuntos camboyanos. Es más, aun después de la intervención armada norteamericana, Breznev trató en un discurso de la cuestión, pero de pasada y con moderación. Antes que fulminar a los invasores, exaltó el heroísmo de los combatientes indochinos y los aseguró del apoyo del mundo comunista. Era, en definitiva, diluir en la masa todo compromiso soviético de echar su cuarto a espadas en Camboya.

Por tanto, puede decirse que, en un principio, ante la ampliación del conflicto del Sureste asiático, la U. R. S. S. se ha movido con pies de plomo, conforme a su limitada libertad de acción en esas áreas. En efecto, en todo cuanto atañe a Asia, continente con el que la Conferencia de Bandung decidió que nada tenía que ver, pese a que las 3/4 partes de su territorio está en tierras asiáticas, la U. R. S. S. corre el riesgo de tropezar con intereses vitales de China y con su propósito de convertirse en dirigente de esa parte del Tercer Mundo. Además, la tensión fronteriza chino-soviética, que no llevan camino de resolver las conversaciones de Pekín, ha aconsejado a Moscú cierta circunspección en un conflicto que, tanto como una escalada, hace correr el riesgo de un largo desgaste de los países implicados en una lucha lejos de sus fronteras, como es el caso de los Estados Unidos. No son éstas las únicas razones por las que la U. R. S. S. ha estado moderada. Aparte de que los compromisos norteamericanos en el Sureste asiático favorecen los intereses soviéticos, por coartar a China y debilitar a los Estados Unidos, se están desarrollando en Viena las conversaciones del SALT, que no procede interrumpir. Más aún que Washington, Moscú está interesado por su resultado final satisfactorio; ello, por imperativos de orden económico.

Cabía esperar, pues, que los papeles habían quedado repartidos en el triángulo político Washington-Pekín-Moscú frente al problema camboyanos. O sea, que los Estados Unidos proseguirían sus operaciones limitadas en el tiempo hasta el 30 de junio, según dijo el presidente Nixon en su conferencia de prensa del 8 de mayo; que China bufaría e incrementaría su ayuda, pero en el marco de una ira controlada, y que Moscú mantendría su postura de casi platónica desaprobación. Ello suponía una especie de equilibrio en el desbarajuste de un enrevesado conflicto.

Pero he aquí que la declaración de Mao Tse-tung del 20 de mayo, más

exactamente la advertencia dirigida a los Estados Unidos de que China no permanecería de brazos cruzados ante una nueva ampliación de su acción en el Sureste asiático, ha estallado como un trueno en un cielo de tormenta, aunque el hecho no se haya comentado grandemente. Sin conceder a esa advertencia una «significación histórica mundial», como hacen los chinos, harto propensos a la hipérbole, es incuestionable que la toma de posición de Pekín es un nuevo factor a tomar en cuenta en el complejo problema de esas áreas, por representar un riesgo de agravación de la situación en el caso de que Washington pretendiera rematar la operación de Camboya con otra similar en Laos. Realmente, de no cortarse radicalmente la ayuda logística que el Vietcong recibe a través de este país, no parecen garantizadas las condiciones mínimas de viabilidad del plan de «vietnamización» propugnado por el presidente Nixon. Esta evidencia ha motivado el envío de asesores militares a las fuerzas armadas gubernamentales de Laos y el apoyo estratégico de los B-52. Pero de amenazar el ejército de Vientian el baluarte del Pathet Lao fronterizo con Vietnam del Norte y China, ¿cabe descartar sin vacilación una ayuda abierta de Pekín, semejante a la que proporcionó a Corea del Norte la China sin organizar surgida de la guerra civil? Es una eventualidad que no puede por menos que considerarse por parte de la China atómica, coheteril y políticamente puesta al paso de 1970.

La importancia de la declaración de Mao Tse-tung ha suscitado en la U. R. S. S. una especie de temor a perder puntos en la pugna por ser adalid de los pueblos del tercer mundo y, por consiguiente, una reacción. El 26 de mayo, en la apertura del Congreso del Komsomol, ante los delegados de las juventudes soviéticas y de las juventudes comunistas pro-soviéticas de 84 países, Breznev trató en su discurso del Sureste asiático y recordó que el imperialismo no ha muerto y que los países socialistas han de aprestarse a luchar contra él. Tal anuncio, junto con la posible ruptura de relaciones con Pnom Penh, revela un cambio sensible en la postura adoptada hasta ahora por la U. R. S. S. con relación al conflicto asiático y diseña vagamente en el horizonte internacional un amago de acercamiento entre Moscú y Pekín frente a Washington. Sin que ello dé pie para considerar la posibilidad de una nueva alianza soviético-china, puede tomarse en cuenta la hipótesis de que, pese a los esfuerzos y propósitos del presidente Nixon, los Estados Unidos resulten cada día más comprometidos en Asia y abocados a luchar directa o indirectamente con China. Semejante situación redundaría en provecho de la U. R. S. S.

Sin renunciar a combatir el imperialismo, lograría, sin entrar en guerra, una posición privilegiada en el famoso triángulo maltrecho en dos de sus vértices por la lucha armada.

LA INTERVENCIÓN NORTEAMERICANA EN CAMBOYA.

Con una precisión que más evoca los ordenadores y los parámetros que el arte de la estrategia, el presidente Nixon fijó para el 30 de junio el término en Camboya de la intervención norteamericana iniciada el 30 de abril. «Si el tiempo lo permite», omitió agregar. En efecto, acaso preparando psicológicamente a la opinión pública de los Estados Unidos, se ha apuntado recientemente que la estación de las lluvias podría aconsejar una reconsideración de la fecha solemnemente señalada. Pero retírense las fuerzas norteamericanas del territorio camboyano el día previsto o se demoren un poco—o mucho—, dos meses de acción bélica ininterrumpida permiten hacer algún comentario sobre los resultados alcanzados por una intervención que, si no ha registrado fracasos rotundos, tampoco arroja éxitos decisivos en cuanto al cese de la guerra en Vietnam del Sur.

El objetivo fundamental perseguido por esa intervención en Camboya era privar las fuerzas comunistas establecidas en Vietnam del Sur, y singularmente en el delta del Mekong, de apoyo logístico y de sus bases operativas, o sea, los llamados «santuarios» camboyanos. Era una maniobra de estrategia directa clásica. La casi indispensable condición de éxito de este tipo de acción es que logre rápida y definitivamente sus objetivos militares y, por vía de consecuencia, sus objetivos políticos. Tal pareció suceder en los primeros días de una intervención que, sólo en parte, pudo sorprender a un enemigo puesto sobre aviso por el ataque survietnamita de mediados de abril a sus posiciones del Pico de Pato. En todo caso, durante unas semanas menguó la presión en el delta del Mekong y en el resto del territorio survietnamita, si bien seguidamente se ha reanudado. Sin duda alguna, el primer mazazo norteamericano desorganizó el sistema ofensivo-defensivo del Vietcong. Por lo demás, el repliegue comunista obedecía a una de las reglas de la guerrilla formuladas por Mao Tse-tung: replegarse ante un fuerte avance enemigo. Ciertamente, las fuerzas comunistas abandonaron un cuantioso material bélico, en particular pesado, si bien el desarrollo posterior de las operaciones en Camboya evidencia que los efectivos no resultaron diezmados ni impedidos de reagruparse después de su dispersión táctica.

Pero la intervención norteamericana y survietnamita se llevó a cabo en las complejas condiciones locales de una incipiente guerra civil, como consecuencia del golpe de Estado que el 18 de marzo dio el general Lon Nol. De suerte que, frente al nuevo gobierno de Pnom Penh, sus partidarios y el ejército de 35.000 hombres había surgido el nada desdeñable factor de los «jemer rojos» y las masas campesinas adictas a Norodom Sihanuk, que, desde Pekín, llamaba a su gente a las armas. La intervención en Camboya dio pábulo a la guerra civil confundida con la lucha contra la presencia extranjera en el país, poderoso elemento pasional susceptible de levantar al pueblo y aunarlo en un esfuerzo coherente. Es ampliamente explotado por el Vietcong y los norvietnamitas que, desde un principio, han podido contar con el espontáneo apoyo popular contra el «invasor», incluso antes de que la resistencia se organizara en el marco del Frente Unido del Kampuchea, presidido por el depuesto príncipe instalado en China Popular con su gobierno en el exilio. A este frente se ha sumado desde el 28 de mayo el Prachea Chum o partido comunista camboyano, extremo éste que se presenta como el remate de la unión nacional contra el gobierno de Lon Nol y los «invasores».

Por tanto, esta circunstancia de guerra civil en toda Camboya se suma al conflicto localizado que origina una intervención norteamericana limitada en las operaciones terrestres a una franja de 35 kilómetros en la frontera con Vietnam del Sur. Pero esta guerra civil impide resultados militares decisivos, por ser una ampliación de la lucha que, también en Camboya, se sitúa en el plano de una prolongada resistencia que desemboca en las típicas operaciones de la estrategia indirecta, es decir, en una guerra de desgaste semejante a la que desde hace años se registra en Vietnam del Sur. Es el fracaso de la maniobra emprendida por las fuerzas de intervención, ya que las acciones bélicas convencionales se ven anuladas por la resistencia popular y la guerrilla que hacen inestable y movédizo el teatro de operaciones. Los mismos nombres de ciudades y pueblos, los mismos puntos geográficos o vías de comunicación se reiteran en los partes, ora conquistados por los norteamericanos, los survietnamitas o el ejército camboyano, ora por el Vietcong y sus aliados del Norte o por los seguidores de Norodom Sihanuk. Los bombardeos aéreos, espectaculares, castigan duramente, por supuesto, aunque no conceden el control de las poblaciones como lo haría la intervención terrestre que brinda logros más apaciguadores, pero no definitivos, porque no hay ejército que pueda controlar la totalidad de un territorio que se hurta políticamente. De ahí que la guerrilla, que alterna el hostigamiento con la retirada,

logre subsistir en regiones teóricamente dominadas, en tanto que se incrementa y surge en zonas diversas de Camboya a distancia de la frontera con Vietnam del Sur. Por ejemplo, en la frontera con Tailandia, aparte de que actualmente se combate en la provincia de Batambang, en la región de Siem-Riap y en Kompong-Thom, mientras que las vías de comunicación de Pnom-Penh con las provincias que la abastecen están amenazadas y cortada la carretera a Saigón. Es la estrategia de uno contra cinco y la táctica de cinco contra uno preconizada por Mao Tse-tung y adoptada por los pueblos indochinos desde la guerra de Francia contra el Vietminh. En Camboya permite resistir la presión de las fuerzas de intervención y combatir a un tiempo al gobierno Lon Nol, dado que la guerra civil y la guerra nacional se imbrican en un solo combate, cuya importancia se ha hecho tal que Pnom Penh ha decretado la movilización general.

Ante el giro de los acontecimientos en Camboya, cabe estimar que la intervención norteamericana se ha atenido a lograr objetivos puramente militares, descuidando los factores locales susceptibles de agravar la situación general. Mas las armas no pueden por sí solas solucionar conflictos cuyo trasfondo es político. A la postre, son ineficaces y hasta perjudiciales por ser demasiados los elementos que no controlan. Por ello, a los dos meses de batir el cobre camboyano, los Estados Unidos no han avanzado un paso en dirección a la «paz honorable» que pretenden. Tienen que proseguir una guerra que se extiende a toda la península indochina o negociar en condiciones poco airoas, si es que quieren poner término a un conflicto que sigue teniendo su epicentro en un Vietnam del Sur cuya estabilidad política y capacidad militar dirán si es acertada la «vietnamización» tenazmente propugnada por el presidente Nixon.

LIUDPRANDO

